

PLATICAS POPULARES

SOBRE

LA PRIMERA COMUNION.

EJERCICIOS PREPARATORIOS.

PLATICA DECIMA

(Sabado por la tarde.)

Acerquemonos á Jesús con sentimientos de amor y de humildad.

TEXTO. *Cor contritum et humiliatum, Deus meus, non despicies.* No desecheis, Señor mio, al corazon humillado y contrito.

(SALMO)

EXORDIO. Hijos míos, todos estais ahora en estado de gracia. ¡Oh que dicha!.. Con tal objecto me viene á la mente una pequeñita historia, y voy abrir esta plática con su relato. He leído, aun que no se me acuerda donde, de una niña de doce años, que se preparaba con mucha piedad á la primera comunión, que entrando un dia en casa, rebotando gozo y alegría... y echándose á los brazos de sus Padres les decía.. ¡o amado papa y mama! qué dicha la del alma que está en estado de gracia, qué feliz dicha la de aquella que se reconcilió con su Dios y Señor... Pues, hijos, esta dicha tambien debeis gozarla vosotros en este momento... Vuestros conciencias están limpias lahora de todo pecado. Todos habeis implorado humildemente el auxilio de la Virgen María. Todos os habeis

acogido bajo su divino amparo, pues rebosad alegría, ella tambien está intercediendo por vosotros al trono del Eterno y será vuestra protectora, tened confianza... Repitámosla profundamente rendidos ante sus aras sagradas... « O purísima Virgen María, madre de Dios y madre mía amantísima, centro de delicias y complacencias del Altísimo, fiel espejo de divinas perfecciones, qué gracias os daré por los inmensos beneficios que me alcanzaís del cielo en este dia. ». Pometédele, hijos, que serán siempre vuestros corazones suyos, que quereis amarla todos los instantes de vuestra vida.. Sí Virgen María, siempre os amaremos, siempre. Yá que este buen Jesús nos ha perdonado todos nuestros peccados, con que pasión, con que delirio deberiamos tambien rendirle nuestros más encendidos homenajes... ¡Ah, hijos míos! acordaos de aquellos dias en que, sabiendo apenas hablar, vuestra maldad avanzada sabía ya ofenderle. Rescordaos de lo que os decía esta mañana... ¡O dulcísimo Jesús mio! perdonádnos porque nos pesa de haberos ofendido, perdonádnos y dejádnos aún largos años de vida para hacer frutos de penitencia. No temais, hijos míos, Jesús os ha perdonado ya, al levantar la mano sobre cada uno de vosotros, al deciros « yo te absolvo », me ha parecido que Cristo mismo sostenía esta mano y os bendecía, y que viendo vuestros buenos sentimientos, á mi corazon dulcemente susuraba : « y yo tambien les absolvo » Jesús de mi corazon, ¿ vos también les perdonais? .. ¡O bondad infinita! ¡o suprema misericordia!. Hijos míos, ese mismo Jesús que tantas veces habeis ofendido quiere ser mañana vuestro alimento y sustancia; quiere unirse á vosotros con union inefable y verdadera. ¡Ay Señor! quien os hubiese amado siempre, quien nunca os hubiese ofendido ¡o benditos ángeles de nuestra guarda! ayudádnos á darle debidas gracias, amádele tambien más y más por nosotros, porque, yo lo comprendo, nosotros pobres criaturas no somos capaces de amarle como lo merece.

PROPOSICIÓN Y DIVISION. — Hijos míos, hoy no seré muy largo; comprendo que debeis estar cansados y quisiera dejaros bastantes fuerzas para que pudierais hacer conmigo una meditacion, cuyo sujeto importante está ya en el entendimiento de todos, y es sobre la divina Eucaristía. ¿ Pero y de que podremos tratar en este dia?... Ya lo he encontrado... Estando proximos á recibir á Jesús sacramentado, ya que presto podreis decir, vivo yo, más no yo, sino Cristo en mí,

ya que van á tener presto cumplimento en vosotros, amados míos aquellas admirables palabras del Señor: El que come mi carne y bebe mi sangre está en mí y yo en él, nada más á propósito que en poner en vuestras memorias los tiernos sentimientos que debéis excitar en vuestros corazones en tan dichoso momento. Tres son los sentimientos que complacen al Señor al venir en nosotros, de humildad, de amor y de deseo...

Parte Primera. — Y os he dicho en primer lugar sentimientos de humildad. Fijad estas palabras en vuestros espíritus. El Señor aborrece á los soberbios y les castiga. Apesar de ser todo misericordioso, les niega su misericordia. Quereis un ejemplo. Volved vuestras miradas hacia su soberano trono. Transportaos un instante en aquel momento solemne en que el Señor acaba de criar á los Angeles. ¿Apercibís aquel serafín encumbrado que entre todos sobresale y brilla? El Señor se complujo en el colmarle de todos los dones: inteligencia, hermosura, gloria, honor, nada le falta. La mano del Señor derramó sobre esta criatura á profía cuanto puede realzar á una criatura. Pero esperemos un poco, la soberbia se apodera de todo su ser, luego se cree superior á los demás y niega el vasalage divino que debe al Señor. Desgraciado Lucifer, el orgullo será causa de tu ruina... No comprendes, cuitado, que no tienes nada que lo hayas recibido, que todo lo debes á la bondad divina...; Ah hijos! y le hubieseis visto arrebatado del cielo, semejante á aquellas estrellas que de tiempo en tiempo parecen descolgarse de la tachonada boveda y perderse en los infinitos espacios, más rapido que la fulgurante centella en la huracanada noche de tempestades, revolviendo todos los elementos sobre su paso y arrastrando á millares de demonios en las profundas entrallas del infierno. ¿Pero quereis saber á que viene este relato? Para que comprendáis mejor, hijos, que todos necesitamos los auxilios del Señor y su divina misericordia, Los más ricos como los más pobres, y hasta aquellos tambien á quienes podía parecer que están muy bien dispuestos á recibir al más augusto de todos los sacramentos. Qué no se ensoberbezezan; qué den gracias al Señor con toda humildad por cuantos favores se dignó dispensarle, qué profundamente prostrados ante su divino acatamiento le rindan infinitos tributos por tanta bondad. ¿A que viene este relato? Para que sepais

todos, hijos míos, que no son aquellos que iran más majos, ni tampoco lo que se creeran mejor dispuestos que colmará el Señor mañana de mayores dones, sino más bien aquellos, que más anonados y más profundamente rendidos, sabrán abismarse en los brazos de su misericordia, y darse todo enteros á su corazon....

Escuchad lo que nos cuenta Jesús mismo, todos tal vez lo sabeis, más quiero repetiroslo en este dia... Dos hombres oraban juntos en el templo... El uno era fariseo, el otro publicano... El fariseo se adelantó el primero con cierta arrogancia, hasta el pie del altar y dirigiendo al Señor sus súplicas, fue con semejantes palabras « Mil gracias os sean dadas, le dijo, por todas las virtudes que me habeis concedido, por todos los beneficios que me habeis dispensado, mi corazon rebosa buenos sentimientos, yo observo vuestra ley, yo no soy como este publicano » Y mientras tanto continua el divino maestro, el pobre publicano, que pasaba en la villa por ser pecador publico, hincado de rodillas á las puertas del templo, y dándose golpes de pecho, decia. « Apiadaos de mí, Señor, que soy un pobre pecador. » Y su plegaria, hecha con humildad, fue más agradable al Señor que la del soberbio Fariseo... Hijos míos, Jesucristo os confunde todos en el mismo amor, guardaos pues de tener los unos por los otros el menor resentimiento, guardaos del menor desprecio. Pensad desde pronto que al momento de la muerte todos seremos iguales; ricos o pobres, majos ó feos, poco importa, todos somos iguales, á todos nos espera el mismo destino, el ser un dia polvo y ceniza podedumbre y pasto de gusanos ... Y antes de este dia, mañana mismo, al sagrado banquete, no sereis tambien todos iguales. ¿ Creis acaso que haga Jesús diferencia alguna entre vosotros?... Todos estareis tratados de la misma manera, Jesús se dará igualmente á todos... Amaos pues los unos á los otros y que ninguno se crea ni mejor ni más perfecto, que no se os caiga en olvido jamás esta fraternidad augusta, esta igualdad santa que Jesús os predicará mañana de tan elocuente manera...

Parte Segunda — Sí, hijos míos, sí, mañana no habrá en este templo que un solo corazon, y una sola alma. Mañana, aquellos que por privilegio especial, dotó el Señor, ora de mayor talento, ora de mayor fortuna, serán más humildes que todos los demás, todos vendreis á arrodillaros á esta mesa, todos recibireis el mismo celestial bocado,

todos hospedareis en vuestros pechos al mismo Jesús, todos os amareis como si fuerais hermanos... ¿no es verdad? Pues yo añadí que, para recibir dignamente á Jesús, debiais avivar en vuestros corazones tiernos sentimientos de deseo y de amor... Hagamos una suposición... ¿La cual?... pues lo vais á ver. Supongamos que esta noche el ángel, á quien os encomendo el cielo dice á uno de vosotros « Amado mio, se acaban ya tus dias, llegó tu fin, tu alma separándose de tu cuerpo va á comparecer ante el tribunal supremo. Ya se que estás en estado de gracia, yo me encargo de ser tu abogado y defendere con denuedo tu causa... Sin embargo, si antes de salir de este mundo te plugiere pedir alguna agracia, pide, porque me dió el Señor poder de concedertela. ¿y qué gracia píderiais, vosotros amados hijos,?... ¿qué favor? A vuestro puesto, yo le dijera « No, Angel mio, no, no me hagais morir aun, déjame llegar al venturoso dia. Jesús el Rey de cielos y tierra debe venir á visitarme mañana, espera que le haya recibido, no me neges este favor. Si despues, el Señor, apesar de mis pocos años, quiere que muera me parece que moriré más contento, si tengo la dicha de hacer antes la primera comunión. ¿ Son tales vuestros sentimientos, Hijos míos? ; Ah, Señor! vos sabeis convertir en santos los más tibios corazones. Venid pues, Dios de amor, sobre estas almas, venid que les pesa de toda verdad el haberos ofendido ; venid que sí que os desean ardentísimamente ; venid que quieren amaros para siempre jamás ; O dulcísimo salvador mio ! no tardeis más, y Vos, piadosa Virgen María alcanzadnos que permanezcan siempre fieles estos niños en vuestro santo servicio. La madre de San Alfonso Ligorio, la víspera de hacer su primera comunión, decía á su hijo « Hijo mio, aviva tu fé, excita tu amor, hele, clama de cuando en cuando en tu corazón : hay un niño en la tierra que atravesando, las puertas del santuario, irá á sentarse á la mesa del Rey de los Reyes, y este niño soy yo... hay en esta tierra un hijo que podrá llamarse mañana, hijo muy amado del Padre eterno, hermano del verbo encarnado, templo del Espíritu santo, el igual de los ángeles y este niño soy yo. » ¿ Quereis que siga, amados de mi alma, citándoos las palabras de esta piadosa Madre á su hijo? ; Oh sí!, porque se aplican como de molde al dia en que estamos. Hay niños en esta tierra que, más previgiliados que otros muchos, recibirán la visita de Jesús, el amantísimo esposo de nuestras al-

mas, bajo las especies sagradas, y entre estos niños los hay que más dichosos que san Juan, el discípulo muy amado, no solo podrán dejar descansar su cabeza sobre el pecho candente de Jesús, sino que le recibirán ellos mismos en su propio pecho. ¿ Como enzalzar como cabe tal dignidad? Quereis que añada : que hay niños en este templo sagrado á quienes quiere otorgar mañana el cielo el mismo honor que á María... Aquel mismo que se encerró en su seno vendrá á tomar morada en vuestras almas...

CONCLUSIÓN. ; Oh hijos míos!, antes de concluir, porque no quiero cansaros más tiempo, antes de concluir digo, permitid os dé un consejo de amigo. Esta tarde, al entrar en vuestras casas é iros á acostar, prostraos humildemente á los pies de vuestros padres, que os aman de todo corazón, y pedídes rendidamente perdon por todas las veces que les habeis ofendido o faltado de respecto desde vuestros más tiernos años. Veis, hijos míos, el niño que ama á su padre fue siempre el muy amado de Dios, el que merece la bendición de sus padres tambien merece la del Señor. No hace mucho os hablaba de san Alfonso Ligorio. La víspera de su primera comunión, echándose á los brazos de su Madre le pidió perdon de todas las desobedencias, y al dia siguiente, al levantarse, en aquel dia el más solemne de nuestra vida, estrechándola á su corazón, le decía.. Mama, ; oh mama! ; este es el dichoso dia?... estaba tan commóvido que no pudo decir nada más...

; O blancos de mi amor ! pedid tambien á vuestros padres que os encomienden antes de acostarse á Jesús, el dulce Salvador de vuestras almas, á María su santísima madre, al ángel de vuestra guarda y vosotros rogad tambien por ellos... Adios, hijos míos, hasta mañana. Guardad la paz del corazón, la confianza en la misericordia del Señor, un ardentísimo amor para con Jesús que quiere unirse mañana con vuestras almas... Idoos, amados míos, idoos á vuestras casas y que la bendición del Señor baje y permanezca sobre vosotros. — Amen

PLATICAS POPULARES

SOBRE

LA PRIMERA COMUNION.

EJERCICIOS PREPARATORIOS.

PLATICA UNDÉCIMA.

(El día de la primera comunión por la mañana, antes de la misa.)

Sobre la pureza de corazón y la obligación que tenemos encomendarnos á la Virgen Santísima en este día.

TEXTO. *Sursum corda.* Levantad vuestros corazones al Señor...

EXORDIO. — Todos sabéis, hijos míos, á que punto de la misa pronuncia el sacerdote estas palabras, algunos momentos antes de aquel solemne de la consagración en que baja Jesús al altar sacrosanto. Dirigiéndose entonces al pueblo presente le dice: levantad vuestros corazones al Señor. Empieza el prefacio y elevándose todos los fieles hasta el trono de la divinidad, unidos á los coros de los bienaventurados, á los ángeles, y á los arcángeles, á todos los espíritus celestiales hacen retumbar bajo la celeste bóveda el himno « Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de los ejércitos, llenos están los cielos y la tierra de vuestra gloria. Hijos míos, no se si tendré ánimos de deciros gran cosa, pues dos palabras tan solo: Confianza y amor. Levantad también en este día vuestros corazones al Señor.. Lejos de vosotros, bien lejos aquellos tristes pensamientos sobre el infierno y Satan, sobre cuanto pudiera inspiraros sentimientos de miedo

y temor. Jesús os ama de todo corazón, Jesús quiere unirse á vuestras almas con unión inefable y verdadera; Jesús arde de amor, quiere celebrar con vosotros el místico esponsorio. Jesús quiere ser vuestro alimento y sustancia, ánimo pues...¿Comprendéis ahora vuestra dicha?..

Algo mejor, ¿no es verdad? Pedid sin embargo al Espíritu santo, á la Augusta Trinidad, la gracia de comprenderla aun mejor, y profundamente anonados ante su divina presencia, repítamos todos el acto de fé que diremos antes la comunión « O Jesús, hijo de Dios vivo, creo que estais realmente presente en la santa Eucaristía, creo que la hostia consagrada que voy á recibir contiene entero y verdadero vuestro cuerpo, vuestra sangre, vuestra alma y vuestra divinidad... Fuera congojas, hijos míos, si hay algo que os cause desosiego, despues de esto ejercicio entraré en el confesonario y estaré á vuestra disposición. Ahora hagamos juntos algunas santas reflexiones. Siendo Dios infinitamente justo ¿ podemos comprender que á pesar de toda su misericordia amara á Judas ? hubierais le amado vosotros mismos; Judas fue un traidor, un perfidio, un miserable. ¿ Quién pudo amar jamás á gente de semejante jaez? ninguno. Y sin embargo, si aquel traidor, si aquel perfidio, profundamente arrepentido de su crimen, humildemente prostrado á los pies de su Jesús, le hubiese pedido perdón de su nefanda culpa, Jesús le hubiese perdonado. Mucho más perdonaría á un niño aunque se hubiese preparado indignamente al sagrado banquete hasta este día, si, comprendiendo ahora su desvanecimiento, viniera contrito á mí encuentra y confesase su maldad. Si, no tengais ningun miedo, hijos míos, estad seguros que Jesús está dispuesto, bien dispuesto á abrir aun su pecho á la misericordia si os queda alguna cosa por decir..... Siendo pues así, que desgracia, que locura podría darse mayor que la de callar por vergenza un solo pecado, que la de exponerse á hacer indigna su primera comunión por una momentanea verguenza... Ea pues, hijos, si á alguno de vosotros le queda algo por decir, que rompa ese rubor que le anuda la garganta, que venga aquí profundamente humillado porque le espero para decirle en lo más recondito de su alma, ya estas perdonado. Por el momento, durante esta sagrada ceremonia, lejos de dejaros distraer por todo lo que vereis á vuestro alrededor, yo quisiera, hijos míos, que

hasta estas mismas cosas os llevarán á serías reflexiones y fueran para vosotros otras tantas ocasiones de bendecir al Señor.

Division. — Pureza de corazón, y obligación de encomendarnos á María santísima, tales son, hijos míos, los dos principales deberes que todo lo que lleváis os recuerda en este día.

Parte primera. — Para vosotros niñas, esa ropa blanca que os engalana es el símbolo de la pureza, de la inocencia de vuestras almas... Ese vaporoso velo, que despendiéndose de vuestras cabezas, os cubre todo el cuerpo es el casto emblema de la modestia que debe reinar en vuestros corazones hoy, mañana y siempre. Esa corona, que ciñe vuestras depejadas frentes, no es más que la débil imagen de aquella más resplandeciente y hermosa que se os aguarda en la eterna gloria, si viven siempre en vuestros corazones ardentísimos sentimientos de amor y piedad por con Jesús, vuestro divino Salvador. Todos los atavíos de este solemne día os predicán con voz elocuente innumerables virtudes, el recogimiento, la modestia y el candor... Fuera de vuestro pensamiento todo sentimiento de vanidad. ¡Ay la vanidad! ¡qué cosa tan perniciosa para las almas puras!... ¿Habeis acaso olvidado lo que os decía ayer tarde? Hará su mejor primera comunión, no aquella que llevará una ropa más fina, o más ricamente bordada, no, hijos, no. — *Omnis pueritudo ab intus.* A Dios no se le encanta con joyas... Dios mira y indaga nuestros corazones, por consiguiente yo digo y repito, será aquella con que más anonadado pecho, que con mayor y más profunda humildad habrá sabido humillarse á los pies del Eterno. Y á vosotros, encarecidos hijos, estos hábitos tan hermosos que vuestras amorosísimas madres os han hecho estrenar en este día, os enseñan lo que deben ser vuestras almas, no lo perdais de vista, simbolizan la pureza de corazón. Ese lazo, que cuelga á vuestro brazo, os enseña que en este solemne día contractais con el Señor estrecha obligación. Dándose el enteramente á vosotros, debéis también daros sin condición ni recelo á su divina bondad, quedando por consiguiente estrechamente unidos con él y prometiendo serle fieles todos los días de vuestra vida, fieles hasta la muerte....

¿Y que más podría deciros aun, amigos míos.? Ese cirio sagrado que

quemado y se consume en vuestras manos. ¡Ah! ahí teneis la más terminante figura del amor encendido que debe arder en vuestros corazones, en este día de gracia, ahí teneis la más viva representación de lo que debiera pasarse en lo más íntimo de vuestras almas. Ese cirio es también el espejo de la luz brillantísima que debiera guiaros á la gloria eterna, al seno de bienaventuranza. Ved pues, hijos míos, como todo en este día lleva nuestros pensamientos hacia el Señor, y como con sobrada razón he dado principio á esta mi plática por las hermosísimas palabras sacadas del prefacio: « *Sursum Corda*, levantad vuestros corazones al Señor » ¡oh! ya lo veo, lo siento, lo comprendo, y por eso no quiero pararme más en este punto, largo tiempo hace ya que les teneis frente á frente á su trono, y si pudierais responderme si duda me diriais lo que en aquel mismo lugar sagrado á continuo se leen.. *Habemus ad Dominum*, ya los tenemos levantados al Señor. *Habemus ad Dominum...* Tanto mejor, hijos míos, pero si las distracciones, la vanidad, el orgullo o la liviandad, nadie sabe lo que puede suceder, vinieren á tentaros en el discurso de este día, acordaos encarecidos niños, que todo lo que os rodea os habladel Señor, que todo tiene en este día una significación misteriosa, guardad si, hijos míos, vuestros corazones en esta región veneranda en que decís haberlos puesto, ya que los teneis levantados al Señor.

Parte Segunda. — Pero advierto, hijos míos, que se me cayó algo en olvido. Hablandoos de vuestros atavíos, se me ha pasado de memoria, ese santo Rosario que los unos lleváis enlazado al puño y los otros colgado á la cintura... ¿Que significa este Rosario, hijos míos?... que somos hijos de María, que estamos bajo su protección y que la tomamos en este día por madre. Estad persuadidos que ella os toma también por hijos. ¡Qué dicha la vuestra! ¡Ay! si rompiéndose el tupido velo que encubre vuestras almas pudierais ver lo que se pasa á vuestro lado al momento de vuestra primera comunión!. Vieraísla, hijos míos, á esta madre del amor hermoso, mientras que el Ángel bendito os abre el camino del banquete sagrado, vieraísla también digo á María siguiendo vuestros pasos, contando vuestros suspiros, recogiendo vuestros amantes llantos; vieraísla piadosa digo á vuestro lado. Y cuándo teniendo la hostia consagrada en las manos dijere yo estas palabras « Que el cuerpo de Jesucristo guarde tu alma hasta la vida eterna, oyereísla responder

llena de júbilo y alegría : Amen. Amen, mil veces. Amen., nunca me cansaría de hablaros de María. Amadla de todo corazón á esta madre del divino esposo de nuestras almas, rindámosla eternos homenajes, digamos juntos esta súplica, « Amantísima protectora, Virgen María, dentro de pocos momentos tendré la dicha de recibir á vuestro divino Hijo. Acreced en mí, Virgen Madre, las santas disposiciones, que me animan, haced que mi unión con Jesús sea santo y místico desposorio; que viva en su amor como yo quiero morir y vivir en el vuestro. Porque yo; O Madre, Madre mía! os amo de todo corazón. » Pero ya que tanto la amais á esta reyna de cielos y tierra, voy á contaros una historia sobre una de sus medallas que todos deberíais llevar á vuestro pecho. Pásose el 8 de diciembre de 1830, el día mismo de la fiesta de la inmaculada concepción... Una monja de san Vicente Paul estaba en oración á la capilla del convento fundador de esta congregación. Triste y desconsolada al ver que el culto de María menguaba todos los días en las almas, esta monja vertía torrentes de lágrimas. ! Ah! se decía ella á sí misma profundamente rendida, si la Virgen nos abandona en que vendrá á parar nuestra desgraciada Francia. En aquel instante mismo un ligero ruido se oye en la capilla, un temblor... *un frufu*, como el que harían sin duda los ángeles de vuestra guarda, si explayando sus alas sobre vuestras cabezas se mostraran aquí, cara á cara, en este día de vuestra gloria. Sus ojos quedan deslumbrados bajo el influjo sagrado de una luz más clara que aquella del sol, más dulce que la del día; miles aromáticos olores, más suaves que aquellos que despide la naturaleza en días de amena primavera se esparcen en el espacio. No sabe lo que se pasa pero su alma rebosa gozo y alegría. El lado derecho del altar parece ser de fuego. Que hay allí que despide tan santos rayos. Una Señora, una hermosísima Señora, está derecha sobre un globo de fuego, rodeada de nubes, sus brazos parecen caer rendidos hasta tierra, más sus manos están abiertas, de cada una de ellas salen arroyos de luz celestial, su cabeza, algo inclinada hacia adelante, parece escuchar los ruegos de sus devotos, una corona de resplumbrantes estrellas ciñe su frente virginal. Una dulce voz, sin duda aquella de su ángel, dice á la hermana : ¿ Conoces á esa mujer ? es la reyna de cielos y tierra... esos rayos, que despiden sus manos, son el símbolo sagrado de las abundantes gracias que alcan-

za á los pecadores... Y la hermana vió, todo al rededor de la aparición misteriosa, escrito en letras fulgentes « O María sin pecado concebida, ruega por nosotros, que imploramos tu auxilio. »

Levántate, le dice la voz del Ángel, haz acunar una medalla representando la virgen María de la misma manera que te acaba de aparecer; esta medalla será para los que la llevarán y que como tú la sirvieran con fidelidad signo de poderosa protección y de predestinación eterna. Y hoy día, hijos míos, no habría bastante con libros enteros para relatar con acuerdo las innumbrables gracias alcanzadas por los piadosos que llevan esta imagen bendita.

Oh hijos míos! á todas hay concedidas inmensos favores, llevádlas pues con mucha piedad, diciendo amenudo aquellas piadosas palabras que en esta se leen « María concebida sin mancha ruega por nosotros. »

CONCLUSION. Comprendo que he sido demasiado largo, pero que quereis que os diga, hijos míos, cuando hablo de la Virgen María no acabaría nunca. Yo quisiera que la amarais de todo corazón... Pues vaya pongámonos todos en este día bajo su poderosa protección, pidámosla que no nos desempare jamás. Démonos también en cuerpo y alma á Jesús que quiere darse entero y verdadero á nosotros, que ni el orgullo, ni la soberbia, ni la liviandad salgan triunfantes con nosotros, que todo hasta las alabanzas nos sirvan á llevarnos á Jesús, si, que todo nos ponga en memoria, el dulce lazo que con él contraemos en este día, que todo llame á nuestro recuerdo la obligación que tenemos de recibirle con humildad piedad y devoción. Vamos, hijos míos, recibid mi benición, os la doy de lo más profundo de mi corazón, porque estoy seguro que vais á hacer una comunión semejante á la que harían los ángeles, si el Señor en su misericordia, les concediera el inmenso beneficio de que en este día va á colmaros *Amen*.